

Los que “Hacen Tiendas”: Un modelo clave para realizar la Gran Comisión de Cristo

Jonatán P. Lewis

Carlos y Cristina son un matrimonio joven que siente el deseo de hacer algo por evangelizar algún grupo humano sin el evangelio. Tienen un especial interés en los grupos hindúes y siempre han estudiado inglés para algún día poder ir a la India. Se llevo a cabo un curso de *Misión Mundial* en su iglesia, que les motivó aun más. Compartieron su llamado con el grupo de misiones de su iglesia y el líder del grupo se ofreció a ser su mentor para prepararlos a través del curso *Trabajando tu Llamado a las Naciones*¹. Este es un curso que elabora el proceso de preparar a misioneros transculturales con un enfoque especial en los que “hacen tiendas,” personas que van a servir a través de sus oficios y profesiones.

Por medio del curso trazaron un plan y aprendieron que necesitaban tener alguna habilidad que se valorara en el país anfitrión, para ofrecer como servicio. Como ambos son maestros, realizaron un curso por internet² que otorga certificación para enseñar español, mientras seguían trabajando como maestros en sus respectivas escuelas. Contactaron la embajada de la India para poder entender mejor las posibilidades que había para trabajar como maestros de idioma y también tramitaron sus pasaportes. Formaron un pequeño grupo de apoyo con sus amigos para orar por ellos y acompañarlos en el desarrollo de su plan de preparación. Juntos esperaron que el Señor les abriera el camino.

Fue casi un año después cuando se les ofreció un contrato por dos años para enseñar español en un centro cultural en Deli, India. Su iglesia, que también había sido preparada para este momento,

colaboró con sus pasajes y les encomendó a la obra a la cual el Señor les había llamado, prometiendo que no se olvidaría de sostenerlos en oración. Llegando a su destino, se acomodaron y comenzaron su tarea. Aunque su inglés no era pulido, habiendo anticipado este momento, pudieron usarlo e ir perfeccionándolo. Como en el centro cultural también se enseñaba hindi, ellos se dedicaron a aprender este idioma de los hindúes. Muy pronto, crearon amistades con sus estudiantes y les invitaron a visitarlos en su departamento donde pudieron ganar su confianza. Cuando ellos comenzaron a compartirles sus problemas, pudieron ministrarles aconsejándoles y orando por ellos. Dios respondió y con el pasar del tiempo, algunos de sus estudiantes pusieron su fe en Cristo.

Sabiendo que el tiempo corría y que se le vencía la visa de trabajo, Carlos y Cristina trataron de invertir mucho tiempo en los nuevos discípulos. Se concentraron en estudios bíblicos y en la práctica de intercesión por otros, y tuvieron muchas respuestas de Dios. Les animaron a que oren por sus familiares y amigos y formen grupos de estudio bíblico con quienes mostraran interés en la Palabra. Al terminar su contrato, Carlos y Cristina volvieron a su país de origen, pero con un buen contacto hecho para volver y enseñar en una escuela privada en otra ciudad de la India donde había menos testimonio cristiano. Los discípulos de Cristo que habían formado estaban bien afianzados en el Señor, y Carlos y Cristina se pusieron muy contentos cuando recibieron gratas noticias de parte de ellos, diciendo que ya se habían establecido varios grupos de estudios bíblicos entre sus familiares y amigos y que el número de discípulos seguía aumentando.

¹ *Misión Mundial y Trabajando tu Llamado a las Naciones son cursos ofrecidos a distancia, por el Centro de Capacitación Misionera Transcultural (www.ccmt.com.ar) de Córdoba, Argentina.*

² Existen varios cursos de certificación de profesores de español por internet. El más reconocido, tal vez, es el Instituto Cervantes.

¿Por qué este modelo no se da en mayor escala?

El caso de Carlos y Cristina se basa en experiencias reales. Sin embargo, unas de las críticas del modelo expuesto es la suposición de que los que tienen trabajos no van a ser tan efectivos como los que pueden dedicarse cien por ciento al ministerio. Sin embargo, el hecho es que en el caso dado, su ministerio fue mas efectivo que el trabajo de algunos misioneros a tiempo completo que ellos conocieron, y que por años habían intentado, sin éxito, plantar una iglesia cristiana con el típico acercamiento de querer convertir a la gente a su religión (proselitismo). También es importante destacar que Carlos y Cristina tal vez no representaban la mayoría de los que se llaman “bivocacionales” pero cuyo enfoque es la iglesia institucional. Entendían el desafío que les esperaba y fueron intencionales en su preparación para realizar su misión. Sin esto, difícilmente hubieran hecho un impacto.

Hay miles de cristianos latinoamericanos que emigran a otros países o son contratados por razones laborales. Saben hacer tiendas, pero no saben como hacer discípulos de Cristo. Parece que les absorbe el querer mejorar su economía personal y ni se les ocurre que también pueden tener un rol en la expansión del evangelio en el país anfitrión. Puede ser que nunca fueron discipulados personalmente y que no practican sus propias disciplinas de crecimiento espiritual. Aun, cuando son cristianos genuinos y han sido fieles con un comprobado servicio en la iglesia, no se han preparado para vivir una vida de fe y testimonio en otro contexto cultural donde tal vez no hay iglesias, y donde las barreras religiosas/sociales a la conversión son enormes. No desarrollaron en sus países de origen un estilo de vida de hacer discípulos, y menos lo pueden hacer en el extranjero.

En cambio, Carlos y Cristina se prepararon dentro del seno de su iglesia por medio de cursos accesibles por internet, y crearon un plan. Se tomaron el tiempo para reflexionar sobre sus propias vidas y llamado, y para disciplinarse para su propio crecimiento

espiritual, emocional y en su profesión. Aprendieron a vivir su fe en una forma abierta, natural y espontánea en su entorno cotidiano sin practicar el proselitismo religioso (buscar el cambio de religión). Se concentraron en bendecir a todos y especialmente a sus estudiantes, y esto les abrió las puertas al ministerio “sacerdotal” directo de intercesión por ellos en forma natural. Comenzaron a practicar todo esto antes de salir para la India.

También supieron que fortalecer a los nuevos discípulos era la clave para dejar fruto permanente, y se dieron cuenta que para lograr esto, necesitaban pasar mucho tiempo con los nuevos discípulos, siendo sus modelos de vida y enseñándoles como contestar a sus preguntas desde una perspectiva bíblica. Los estudios bíblicos, facilitados por los nuevos discípulos, fueron la clave para entrenarlos en el uso de la Biblia. Supieron enfatizar que seguir a Jesús era poner toda su confianza en él; que más que una religión, era una relación personal con el Señor.

Una definición práctica

Como esta monografía pretende desarrollar el tema de los que “hacen tiendas” como plataforma para su ministerio en el contexto de misiones transculturales, nuestra definición del término es: *un genuino discípulo de Jesús que cruza fronteras (sociales, culturales y geográficas) para hacer discípulos de Cristo utilizando en forma intencional, su profesión u oficio como su identidad principal, y como plataforma económica y relacional para el ministerio.*

Esta definición no incluye su capacitación teológica o misionera formal, ni tampoco el haber tenido una experiencia de ministerio formal en una iglesia local (requisitos en que se suele insistir cuando se trata del oficio misionero). Aunque estos elementos pueden ser importantes, el poder de la definición está en que incluye a millones de genuinos discípulos de Cristo que ya se encuentran desparramados alrededor del mundo, y que pueden abrirse a la posibilidad de que Dios los llame y utilice para la extensión de su reino mas allá de la localidad donde viven, sin tener que

obtener un título oficial como pastor o misionero.

Para entendernos mejor, necesitamos introducir la idea de que estas personas no distinguen entre sus actividades seculares y ministeriales. Son **“univocacionales,”** personas que abrazan el servicio a Dios como su única vocación, no importa lo que hacen. El servicio que brindan en sus trabajos, también es rendir culto a Dios. No son cristianos domingueros. Han comprendido la idea expuesta por Pablo en Romanos 12:1-3, que toda su vida es un “sacrificio vivo” y que con esta actitud, todo lo que hacen es consagrado como “culto razonable y agradable” a Dios. No se conforman al mundo sino que en el poder de Dios, infunden transformación al mundo que les rodea.

Cuando se trata de testificar a personas de otras culturas y religiones que ni siquiera considerarían la conversión al cristianismo como algo viable, estos univocacionales laicos tienen una tremenda ventaja sobre obreros religiosos que pueden ser percibidos como personas que se dedican a engañar a los fieles para que cambien de religión.

Con miles de millones de personas en Asia, Medio Oriente y África fuera del alcance de un solo discípulo de Cristo, y menos del 10% de una muy limitada fuerza con oficio misionero transcultural en todo el mundo dedicada a alcanzarlos, es importantísimo propagar el concepto univocacional como la forma de generar la fuerza evangelizadora que les puede alcanzar. Algunos calculan que hay unos 800 millones de cristianos “comprometidos” alrededor del mundo y mucho de ellos se encuentran en lugares cercanos a poblaciones de los denominados “pueblos no alcanzados.”³ Nos parece imperativo esforzarnos por impartir poder a esta fuerza “laica” y liberarla para realizar la tarea de evangelización mundial. Pero esto requiere una renovación completa de nuestra mentalidad como “iglesias.”

Un modelo bíblico

El concepto de los misioneros que “hacen tiendas” proviene de Hechos 18 donde el apóstol Pablo se encuentra realizando su tarea misionero mientras trabaja con sus manos haciendo tiendas con dos compañeros del oficio, Aquila y Priscila. En el ámbito evangélico, el término hoy día se utiliza para describir a personas que sirven en ministerios (pastores, evangelistas, misioneros, etc.) pero que se sostienen total o parcialmente por medio de otros trabajos. Aparte de las motivaciones personales o circunstanciales bajo las cuales se practica este modelo, en el ámbito de las misiones también se entiende como método o estrategia para enviar misioneros a países “cerrados” que no dan visas a misioneros religiosos.

En sus epístolas a las iglesias, Pablo da varias razones justificando el trabajar con sus manos mas allá de la necesidad de tener un sustento económico. El argumentó que le dio más credibilidad porque demostraba que no predicaba por lucro (I Corintio 9:6-7, 12, 18). En otra carta, explica que no quería ser una carga económica a otros (1 Tesalonicenses 2:9). Es más, trabajando en un oficio, el dio un buen ejemplo a los nuevos creyentes que tal vez hubieran anhelado obtener lucro por la predicación si lo hubieran visto hacerlo a Pablo. Pablo dio un alto valor a que los nuevos discípulos trabajaran honestamente con sus manos para suplir sus propias necesidades y poder responder con generosidad a las necesidades de otros (2 Tesalonicenses 3:7-13).

A nosotros que somos parte de la movilización misionera, Pablo nos señaló un modelo de servicio altamente replicable. Aunque a veces se menosprecia el modelo porque se supone que el trabajo “secular” roba tiempo al “ministerio,” cuando se habla de misiones entre los grupos humanos menos alcanzados del mundo, tiene sus grandes ventajas. Aun más, es un modelo que como veremos, tiene su fundamento mucho más allá de lo meramente estratégico.

³ Datos publicados por el centro estadounidense de misiones mundiales, www.uscwm.org.

Una advertencia: cuando este modelo se entiende como un mal necesario para poder introducir obreros a campos “cerrados,” genera un sinnúmero de problemas y termina en fracaso. No nos da el espacio para contar los muchos ejemplos de las frustraciones que esto ha creado. Trabajar para sostenerse nunca es un mal necesario sino una bendición de parte de Dios. Además, el trabajo es el único “pulpito” que una gran parte del pueblo de Dios tiene para “predicar” al mundo. Todas las ocupaciones cotidianas que nos ponen en contacto con la gente proveen la plataforma relacional que Dios ha utilizado y sigue utilizando para que su pueblo cumpla la gran comisión de “hacer discípulos” en sus propias “naciones” y por extensión, “a todas las naciones.”

También queremos aclarar que el modelo no se reduce a una discusión acerca de dónde proviene el sostén del obrero y qué es lo correcto o ideal. Creemos que Dios sostiene en múltiple maneras: por medio del trabajo, el sostén económico por iglesias, ofrendas esperadas e inesperadas, el hospedaje ofrecido por otros, consideraciones “especiales” etc. Dios llama y Dios sostiene, de la manera que sea.

En fin, nuestra propuesta es que el trabajo, como cualquier ocupación (incluso la de pastor o misionero sostenido por la iglesia), es simplemente una plataforma para el servicio a Dios—plataforma que cada cristiano debería reconocer como su campo de servicio para el avance del reino de Dios. Este concepto es la clave para realizar no solo misiones, sino el *missio Dei*—la misión transformacional de Dios—donde sea que el discípulo se encuentre, en su propio país o en tierras lejanas.

¡Piénselo! El modelo ofrece a todos los genuinos discípulos de Cristo en todos los rincones del mundo la oportunidad de unirse a Dios en el avance de su Reino, alcanzando con el mensaje no solo a las personas que los rodean, *sino por medio de sus ocupaciones y trabajos*, a otros grupos humanos si el Espíritu Santo los llama y envía.

Un modelo práctico

A la verdad, los que realizan los ministerios sosteniéndose con otros trabajos, no son algo nuevo. Ha sido la forma más acertada de sustento para el ministerio pastoral y misionero durante casi toda la historia del avance del evangelio. De hecho, debido al vertiginoso crecimiento de la iglesia en África, Asia y América Latina en las últimas décadas, no se ha podido desarrollar un cuerpo de ministros religiosos ordenados para administrar a cada iglesia, y las economías de muchos países no siempre se prestan para sostener a tiempo completo a sus pastores y misioneros.

Aunque el concepto de ministros sostenidos económicamente con dedicación de “tiempo completo” es legítimo (1 Corintios 9:9; 1 Timoteo 5:18), también se ha elevado erróneamente como el modelo ideal, sin entender que puede llegar a ser de tropiezo al desarrollo de la iglesia. Porque queriéndolo o no, crea dos categorías en las congregaciones, haciendo distinción entre los pastores ordenados y los miembros, distinción que puede aplastar la toma de iniciativas en el servicio, limitar el ejercicio de los dones espirituales y su correspondiente crecimiento espiritual de toda la iglesia (Efesios 4:16), e impedir la función del rol sacerdotal que le toca a cada creyente en su contexto cotidiano.

Es este último punto el que más nos concierne. El discipulado bien entendido se da cuando las personas testifican en forma natural por su ejemplo, su servicio, y por su palabra a familiares, amigos, vecinos y a sus compañeros de trabajo o estudio. Siempre fue así. Los creyentes lo hacen en forma natural y espontánea con las relaciones que desarrollan en su andar diario. Cuando consciente o inconscientemente se profesionaliza el ministerio y se centraliza en el templo, se promulga un concepto que deja a muchos miembros impotentes y sin la motivación ni las herramientas para realizar el discipulado en el mundo de sus relaciones cotidianas. Y cuando se trata del envío misionero, esta mentalidad de un sostén “tiempo completo” limita enormemente las posibilidades de enviar a latinos, ya que los costos del sostenimiento

en el extranjero pueden superar en gran manera la economía de muchas de nuestras iglesias.

Venciendo las barreras conceptuales

El concepto univocacional ataca el concepto percibido por muchos, de que el pastorado “ordenado” tiene poderes espirituales especiales para administrar la gracia de Dios. Este concepto proviene de la iglesia católica y fuentes paganas, pero no de la Biblia. La unción divina no viene por manos humanas sino por mano de Dios, y es Él quien ha decretado que todos sus hijos tengan acceso a su trono de gracia por medio de Jesucristo (Hebreos 4:14-16).

Los pastores ordenados, si bien son reconocidos por su preparación y su consagración a la obra, no tienen una dispensación de gracia extraordinaria. A la verdad, su ordenación es principalmente para administrar los servicios de la iglesia institucional. Esto sin duda es muy importante. Sin embargo, el poder espiritual, los dones, y el ministerio, son compartidos entre toda la congregación y es justamente esta mutualidad en el servicio espiritual la que da el crecimiento (Efesios 4:16). Cuando se crea esta falsa división en la administración de la gracia y los dones, realmente se inhibe y retrasa el avance del evangelio. Para realizar la misión de Dios en el mundo, es importantísimo que los pastores y maestros hagan todo lo posible para fortalecer a la congregación, y equiparla para el ministerio que los miembros ejercen fuera del templo y entre la gente que les rodea en sus actividades cotidianas.

Para reforzar este punto, hagamos un breve repaso de lo que pasó cuando la iglesia se institucionalizó. No nos olvidemos que durante sus primeros tres siglos, la iglesia persistió, prosperó y se propagó ampliamente con una ausencia casi total de un grupo pastoral profesional y bajo la identidad muy sencilla de “aquellos que pertenecían al ‘Camino de Jesús’ ” (Hechos 9:2). Mientras existió como fe en Jesucristo sin organización institucional, literalmente conquistó el imperio romano. Cuando el

Emperador Constantino institucionalizó la iglesia en el cuarto siglo, todo cambió. Regaló a los cristianos los templos que desocuparon los paganos. Ordenó sacerdotes y estableció un centro de poder centralizado en los templos de Roma.

En lo que concierne a las misiones, se propagó la fe entre los paganos del imperio por medio de lo que Ralph Winter ha denominado “sodalidades” (ordenes religiosas cuyo objetivo eran las misiones, tales como las agencias misioneras de hoy). Pero la visión no se extendió más allá de sus fronteras inmediatas a otras partes del globo terrestre, con graves consecuencias. Winter afirma que las invasiones por los Godos y Visigodos que devastaron a Roma, fueron consecuencia de la falta de evangelización de estos vecinos de Roma⁴. Pero, ¿Qué hubiera pasado si el evangelio, en vez de ser institucionalizado en una estructura eclesiástica, hubiera seguido extendiéndose en forma espontánea? La evidencia histórica demuestra que siguió esta expansión después de la institución de la iglesia, pero que fue la misma iglesia Romana la que la combatió a muerte y la aplastó, tildando de herejes a los que no se sometían a su autoridad.

Cuando en el siglo XIII, el explorador Marco Polo (evidentemente por su propio testimonio y la de los nestorianos quienes llegaron siglos antes) recibió la petición del emperador Kublis Khan que Roma les enviara 100 sacerdotes ordenados para cristianizar a toda China, el Vaticano respondió setenta años después ¡con un solo sacerdote! Los chinos tuvieron que esperar hasta mediados del siglo XIX para recibir un número significativo de misioneros. Pero no fue hasta su expulsión en 1949, que emergió un verdadero movimiento de establecimiento de iglesias subterráneas (a igual que los primeros tres siglos de la fe cristiana). Liderado por “laicos,” se calcula, según estadísticas del gobierno chino, que este movimiento hoy tiene más de 130 millones de adherentes.

⁴ Una explicación más completa y documentada de las consecuencias de no llevar el evangelio a todo el mundo se encuentra en: Jonatán P. Lewis, *Misión Mundial*, 4a edición, 2010, capítulo 13.

Cuando los protestantes, después de dos siglos de existencia, emprendieron su propio esfuerzo misionero en el siglo XVIII, el trabajo por sus misioneros denominacionales resultó en gran éxito entre grupos paganos o ya cristianizados (mayormente católicos). Sin embargo, sus esfuerzos tuvieron relativamente pobres resultados entre grupos con fuertes e integradas tradiciones religiosas/culturales (musulmanes, hindúes y budistas). Estas sociedades típicamente rechazan al cristianismo como una religión ajena (como ciertamente lo es) y como una fuerte amenaza a su homogeneidad política, social y cultural. Se calcula que el 60% de los países del mundo prohíben o restringen la entrada de misioneros cristianos a sus territorios nacionales.

¿Misión sin conquista?

Aunque la gran mayoría de los cristianos hoy en día aceptan que el avance del reino de Dios no se logra por conquistas políticas o militares, muchos siguen creyendo que esta misión se logra por conquista religiosa. Se sigue insistiendo que la obra misionera se logra por la conversión a nuestra religión. Es evidente que este énfasis no logra en muchos casos el discipulado de las “naciones.” Aun en los campos de mayor éxito, se han visto conversiones masivas al cristianismo sin la evidencia de un cambio de lealtad a Cristo y sus mandamientos. Sin ir muy lejos, observamos el sincretismo en el catolicismo popular con su lealtad a prácticas y rituales paganas. También esta realidad se manifiesta en sociedades “cristianas” con gobiernos cada vez más corruptos, más pobreza y más delincuencia donde el yo, y no la ley de Cristo, reina. También se ha visto en escenarios sangrientos como el de Ruanda, donde decenas de miles de “cristianos” se han matado mutuamente en base a sus lealtades tribales. Aunque hemos tenido mucho éxito en convertir a muchos en “cristianos”, en un sinnúmero de casos no ha habido un discipulado que lleva a un cambio fundamental de lealtad a Cristo y a un serio compromiso de obedecer sus mandamientos (Mateo 28:18-20).

Ahora, este desafío de hacer discípulos a las naciones, no es menos válido en los grupos humanos que conservan sus propias tradiciones religiosas/culturales muy bien arraigadas. Y la pregunta que tarde o temprano surge entre gente pensante que trabaja entre estos grupos es: *¿podemos introducir un evangelio transformador a los que viven en oscuridad espiritual y hacerlo sin confrontar su identidad cultural y sin insistir en conquistarlos a una identidad “cristiana” que para ellos (en muchos casos) es foránea y hasta repugnante?* En muchas sociedades musulmanas, los cristianos son conocidos popularmente como los que comen comida inmunda (cerdo), toman alcohol, son adúlteros (como es evidente en las películas de Hollywood) y tienen tres dioses, Padre, Hijo y Madre. Lo maravilloso es que algunos de ellos todavía están dispuestos a asumir esta identidad a pesar de esta imagen que a la verdad, no es tan lejos de lo que representan las sociedades culturalmente “cristianas” de Europa y las Américas. La gente nunca entenderá la diferencia entre esta representación y una fe santa y pura, si nunca conocen a un genuino seguidor de Cristo.

Un líder de la iglesia en Indonesia relata los resultados de una encuesta realizada con 104 imanes (líderes de mezquitas) que habían tomado la decisión de seguir a Cristo. Se preguntó por qué habían tomado esta decisión que para ellos implicaba perder todo su estatus en la comunidad y sufrir persecución. La encuesta dio tres opciones: 1) porque vieron un milagro en el nombre de Jesús, 2) porque Cristo se les había aparecido en sueños, o 3) por el testimonio de un creyente que habían conocido. El 72% dijeron que tomaron su decisión en base a conocer a un genuino discípulo de Cristo. Sin descontar el poder de los milagros y sueños para convencer a la gente, sin la presencia de genuinos discípulos de Cristo para enseñarles el camino, tampoco serían efectivos estas manifestaciones para que se convierten en discípulos. Tampoco hay mejor evidencia que una vida transformada por Jesús para demostrar el poder de Dios.

Como “protestantes” y “evangélicos,” sabemos que no es adherencia a una religión ni a la iglesia que nos otorga la salvación. Nuestra fe depende de una relación, no una religión. Pero la fe tiene que ser práctica; el conocer a Dios implica también tener acceso su poder. Este poder trae cambio y transformación de vida. El mundo necesita ver y conocer este poder para creer, y solo lo va a ver a través de genuinos discípulos de Cristo.

Para llevar un evangelio que tiene el poder de transformar a los millones de musulmanes, hindúes y budistas, necesitamos millones de testigos. No se va a propagar masivamente si se contiene dentro de una identidad religiosa foránea con un énfasis proselitista. El poder de Dios para salvación se propagará a través de discípulos que hacen discípulos que a su vez hacen discípulos. Así, sin dejar de declarar el señorío de Cristo sobre todo pueblo y nación, se despliega un evangelio puro sin todo el bagaje cultural y religioso.

¿Es posible? ¡Claro que sí! Los primeros discípulos no tuvieron que abandonar su identidad judía para seguir a Jesús, ni tampoco tenían que convertirse en judíos los nuevos creyentes. Así se propagó la fe en el primero siglo. No fueron los cristianos los que así se auto-nombraron, sino que lo hicieron los que los reconocieron como seguidores de Cristo y como una expresión despectiva. ¿Por qué en la actualidad insistimos en que la conversión implica abrazar una nueva identidad cultural/religiosa? Necesitamos hacer nuevamente una cuidadosa lectura de Hechos 15 y la decisión del Concilio de Jerusalén, y entender mejor cómo proclamar a Cristo.

Sin duda, éste es un tema polémico y en vez de seguir elaborándolo, volvamos al tema central. Insistimos que es imperante liberar de las sillas de nuestros templos a millones de discípulos que deberían estar rindiendo su culto principal a Dios con una vida que impacte y transforme, haciendo discípulos donde viven y trabajan. Éstos son hombres y mujeres que representan un enorme real sacerdocio latente—que estando en nuestras congregaciones son pasivos

porque les hemos enseñado (tal vez inconscientemente) que la fe cristiana requiere principalmente su lealtad a nuestra iglesia institucional, su fiel asistencia a los cultos, su diezmo, y que su obligación de ser testigos se cumple si alguna vez invitan a alguien a un culto especial en el templo de la iglesia.

¡Nunca podremos hacer conocer a todo el mundo al Señor Jesucristo y a su obra de transformación si nos concentramos en procurar que la gente llegue al templo! Cuando contemplamos los miles de lugares donde no hay templos cristianos y que, por fuerza mayor, tampoco los habrá, este concepto impide tremendamente el avance del evangelio. También detiene tremendamente la obra transformadora del evangelio en nuestras propias sociedades. La evangelización mundial se logrará únicamente por un derramamiento masivo de la gracia de Dios por medio de millones de vibrantes discípulos desparramados por los vecindarios y mercados del planeta, ejerciendo su rol sacerdotal y operando espontáneamente bajo la guía del Espíritu Santo.

Un estilo de vida

Los univocacionales son personas que han experimentado *una transferencia radical de lealtad* a Jesucristo. Reconocen y aceptan el señorío de Cristo sobre todo lo que son y hacen. Su única vocación es servirle a Él y lo hacen consagrandolo a Jesucristo todas sus ocupaciones y relaciones. Obedecen sus mandamientos como muestra de su amor por Él. Aman a Dios con todo lo que son e intentan amar a su prójimo como a sí mismos. Por su ejemplo y testimonio, hacen discípulos en su andar diario. Viven una vida disciplinada y espiritualmente coherente como personas llenas del Espíritu Santo y guiadas por él. Su misión no es necesariamente lograr que las personas se unan a una iglesia institucional (aunque no están en contra). Pero si quieren ver a Jesús exaltado en todas las naciones y están dispuestos a dejar todo e ir a otros países o culturas para hacer discípulos.

Los univocacionales ya son misioneros en su propio país porque viven una vida

misional. Es una vida la cual se les abren los ojos a las personas para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del dominio de Satanás al dominio de Dios (Hechos 26:18). Son “sal y luz” donde viven y trabajan. Manifiestan que son discípulos de Cristo por una vida “distinta,” llena de amor, gozo y poder espiritual (Juan 15:7-12). Toman cada oportunidad para dar gracias a Dios, escuchar y atender a las personas, interceder por ellas, y darles una palabra de exhortación, aliento y consejo bíblico. Esta es la forma de “abrirles los ojos.” No es un intento de llevarlos a un templo o convertirlos a una religión, y por ende, no es proselitismo. Esto es importante en aquellos países donde el proselitismo es prohibido por ley, como así también la conversión de los lugareños a otra religión.

Tal vez es por este motivo que el concepto del “misionero que hace tiendas” apela a tanta gente. Es una manera de extender el reino de Dios sin todo el bagaje religioso. Estos misioneros están dispuestos a realizar la gran comisión, llevando la luz del evangelio a lugares oscuros que no tienen esa luz. Se concentran en guiar a las personas hacia Dios por su ejemplo y tomar las oportunidades que Dios les da para ministrarles personalmente. Sin duda, su testimonio dará fruto y algunas de las personas que lleguen a conocerlos se convertirán en seguidores de Cristo. Los nuevos creyentes querrán conocerse mas y unirse para apoyarse mutuamente, ya sea uniéndose a una de las iglesias existentes o, en el caso de que éstas no los acojan (o no existan), o a un grupo, tal vez secreto, en una de sus casas. Pero estas iniciativas las tomarán por si mismos los nuevos seguidores de Cristo y no porque un extranjero los ha seducido a cambiar de religión.

El corazón del tema

Hace unos años, el autor de este artículo fue a las Filipinas, un país que envía más de ocho millones de trabajadores contratados a más de 60 países del mundo. Se calcula que por lo menos 500,000 de ellos son cristianos evangélicos. Muchos de ellos se encuentran trabajando en las naciones ultra “cerradas” del Golfo Pérsico. Pero en

general, según los líderes filipinos del movimiento misionero, no están haciendo un impacto significativo para el Reino. Se preguntaban cómo podrían movilizar a este tremendo potencial misionero. A raíz de esa inquietud, pudimos producir un curso de orientación para los trabajadores contratados, sus familias y sus iglesias.

Si bien este esfuerzo fue laudable, nos preguntamos: ¿Por qué en las iglesias evangélicas de las Filipinas, como también en las nuestras, no se está equipando intencionalmente a cada miembro de la congregación “para la obra del ministerio,” obra que se ejerce principalmente siendo testigos que ministran en el poder del Espíritu en los barrios, la ciudad, el país, o donde sea que viven? Aunque cada genuino discípulo de Cristo debería estar viviendo esta vida misional, nuestras iglesias como norma siguen perpetuando una división entre los que ministran (léase los pastores ordenados) y los miembros de la congregación que reciben su ministerio. ¿Cómo podemos cambiar esto? Alguien dijo que falta completar la “reforma” protestante, la cual solo llegó hasta un cierto punto al volver a la centralidad de la Biblia, pero se quedó corta dejándonos un legajo falso con la institucionalización de la iglesia y de los oficios religiosos.

Bases doctrinales

Las Iglesias que van a formar misioneros univocacionales con la esperanza de ver la misión realizada por “hacedores de discípulos” tendrán que esforzarse por “equipar a los santos para la obra del ministerio” (Efesios 4:11). Esto incluirá enseñanza sobre: la primacía en nuestra fe de las relaciones interpersonales sobre la simple adherencia a doctrinas o a la iglesia, la identidad espiritual del discípulo, su llamado y lealtad exclusiva a Cristo, el reconocimiento de que su vocación ministerial está integrada a su trabajo, la sencillez de la obediencia a Cristo, y la obediencia a la guía del Espíritu Santo.

- **Relaciones:** Dios es un ser relacional, como lo demuestra la Santa Trinidad—Padre, Hijo y Espíritu Santo—y existe en comunión perfecta de unidad y armonía.

Porque los seres humanos fueron creados a la imagen de Dios (Génesis 1:26), los hombres son interdependientes y buscan su propia realización por medio de sus relaciones interpersonales. El pecado rompe la relación con Dios y devasta las relaciones humanas. La única forma de restaurar nuestra relación con Dios y con otros seres humanos, es romper la barrera que el pecado ha creado, algo que ya Cristo hizo por nosotros. La restauración de nuestra relación con Dios por la fe que depositamos en él y por el don del Espíritu Santo que se nos otorga en ese acto, nos permite vivir con el perdón y la gracia que Dios nos da y demostrarla en nuestras relaciones humanas (Efesios 4:1-3). Esta es la única forma en que las personas como individuos, y el mundo en general, pueden conocer la paz y la vida abundante. Cristo dijo que conocerán a sus discípulos, por su amor.

- **Identidad Espiritual:** Por ser pecadores y egoístas, la humanidad nace espiritualmente muerta (Romanos 3:23). Las buenas noticias son que si un hombre o una mujer se arrepiente de sus pecados y cambia de actitud, puede ser salvo y nacer de nuevo con vida espiritual por medio del Espíritu Santo (Colosenses 2:13; Juan 6:63). El proceso, tarde o temprano, requiere un cambio fundamental de lealtad: de la lealtad a uno mismo o a cualquier otra lealtad primordial, a la lealtad a Jesucristo como Señor de su vida. Cuando una persona toma esta decisión, su identidad principal se transforma en la de un hijo de Dios (Juan 1:12; Romanos 8:14), seguidor de Cristo, y ciudadano del Reino de Dios. Únicamente por este proceso resultará cambiada la cosmovisión de la persona y todas sus lealtades y decisiones podrán alinearse en base al señorío de Cristo en su vida.
- **Vocación:** Porque los hombres son creados a la imagen de Dios (Génesis 1:26) y diseñados para reflejar su gloria

(2 Corintios 3:18), su vocación está condicionada por el diseño personal que El da a cada uno (Salmos 139:13-15). El ser humano alcanza su máxima satisfacción humana y trae gloria a Dios cuando puede desarrollarse según este diseño. El hombre sin Dios puede desarrollarse según sus dones y talentos, pero realiza este desarrollo para satisfacer su propio yo. Pero los hijos de Dios lo desarrollan para glorificar a Dios y nuestra única vocación es servirle. No es el trabajo o la función que consagra lo que hacemos, sino nuestra actitud—el hacer todo con esmero para traer gloria y alabanza a Dios. El peor trabajo en las peores condiciones, pueden resultar para gloria de Dios si lo realizamos con buen testimonio⁵.

- **Dones y roles espirituales:** Conocer a Dios es indispensable para que tenga lugar un nacimiento espiritual y para su desarrollo. Los recién nacidos reciben dones espirituales que los motivan al servicio como parte del cuerpo espiritual de Cristo, y éste a su vez produce crecimiento (Efesios 4:7-8). Cuando los nuevos creyentes en cualquier contexto pueden servir en base a esta motivación, Dios recibe este servicio como alabanza y culto a él (Romanos 12:1). El Espíritu también imparte gracia para el servicio y otorga dones que El reparte según El quiere (1 Corintios 12:11). Porque Dios imparte gracia liberalmente al mundo por medio de sus hijos, designa a sus hijos como su sacerdocio real. El rol del sacerdote es el de mediador entre Dios y los hombres a través de Jesucristo, quien es el único y verdadero mediador (1 Timoteo 2:5). Los creyentes representan a Jesucristo como sus embajadores y en Su nombre se ejerce este rol. Como sacerdotes, intercedemos por las necesidades de

⁵ Este principio se elabora en el librito del Hermano Lorenzo (1605-1691), *La práctica de la presencia de Dios*, que describe lo que realmente es ejercer la vocación en el contexto cotidiano. Puede bajarse gratis: <http://www.vinyacastelldefels.com/descargas>.

otros y les mostramos el camino a Dios. El sacerdocio es un rol investido a los hijos de Dios por Él mismo, y no por alguna agencia humana. Debería ser ejercido por todos sus hijos y no solo por los pastores ordenados. Este es la doctrina fundamental de los univocacionales.

- **El trabajo:** El trabajo no es una maldición. Dios bendijo a Adán con el trabajo como mayordomo del Edén (Génesis 2:19-20). El pecado y los sistemas del mundo han corrompido la creación y distorsionado el trabajo (Efesios 6:2; Romanos 8:19) y sin duda, el trabajo puede ser duro y no siempre trae satisfacción. Sin embargo, nuestro trabajo es santificado (o no) por nuestra actitud (Colosenses 3:17-18). Nuestra labor hecha con esmero como ofrenda a Dios es un buen testimonio de su gracia. Cuando somos de bendición a nuestro empleador, empleado, cliente o al que está a nuestro lado, estamos dando testimonio de la gracia de Cristo. Dios nos puede usar como un agente de cambio y transformación en nuestro lugar de trabajo, como lo demuestran las historias de José, Daniel, la sirvienta de Nahum, y de un sin número de creyentes a lo largo de la historia. Cuando nuestra actitud es correcta, nos da pie para que la voluntad de Dios se realice dondequiera que estemos y su reino pueda llegar al lugar donde trabajamos. Este desafío debería liberarnos del tedio y del cansancio de cualquier trabajo y traernos más satisfacción que cualquier compensación que podamos recibir.
- **La obediencia:** Para los univocacionales, la obediencia a los mandamientos de Cristo es suprema (Marcos 12:29-31). Amar a Dios y amar al prójimo son los dos mandamientos primordiales, y la forma de cumplir con su gran comisión de “hacer discípulos.” Contra estas dos reglas de vida, no hay ley ni argumento. El discípulo no se mide por lo que sabe, sino por cómo

“guarda” estos mandamientos.

- **La guía del Espíritu Santo:** El univocacional cultiva su sensibilidad a la voz del Espíritu Santo y vive buscando Su guía en el andar diario (Gálatas 5:18-25). Este andar se manifiesta a través de un estilo de vida ordenado y lleno del fruto del Espíritu. Pero también está alerta en cada situación para ver lo que Dios está haciendo y así poder colaborar con Él (Juan 5:19). Dios utiliza a los que son obedientes a la voz del Espíritu, no importa quiénes son ni qué trabajo realizan, para llevar a cabo Su agenda del reino adondequiera estén, en su propio pueblo o donde sea que Él les guíe.

¿Qué tienes en la mano?

Un amigo que trabaja ubicando discípulos en contextos internacionales me aseguró que Dios puede utilizar cualquier ocupación en la expansión del evangelio. Me contó la historia de Juan, un joven que sentía un llamado a las misiones pero suponía que no calificaba para ser misionero porque no tenía estudios teológicos ni universitarios. El vivía en una granja donde criaba chivos. Era un apasionado de su trabajo y amaba sus chivos. Sabía muchísimo sobre las distintas razas, sus características y su cuidado. Mi amigo buscó alguna oportunidad para Juan y lo que encontró fue sorprendente: una posición en uno de los países más ateos y cerrados del mundo. Juan aceptó la posición y pudo ayudar a establecer un buen criadero y mejorar la raza y la productividad de los chivos. Su trabajo fue muy apreciado por todos. Su vida fue sencilla y realizó su trabajo con esmero. Aquellas personas con las cuales trabajaba sentían su amor, y su vida demostraba que era una persona espiritual. En el centro del criadero construyó una torre que fue el lugar donde iba temprano cada día para interceder y leer su Biblia, y que luego fue donde algunos de sus compañeros de trabajo conocieron al Señor. Cualquier ocupación hecha con esmero y amor, Dios la puede utilizar para extender Su gloria a las naciones.

Atando cabos

La evangelización del mundo se va llevar a cabo con un movimiento masivo de discípulos univocacionales. La oscuridad será desplazada no por grandes campañas evangelísticas ni por un puñado de misioneros profesionales, sino por millones de discípulos—pequeñas velas prendidas y desparramadas por todos los caseríos, barrios, vecindarios y mercados de nuestro mundo. Todo comenzará a partir de lo que tenemos hoy: iglesias en todo el mundo dedicadas a movilizar a sus miembros para ejercer su rol espiritual sacerdotal y así llevar la transformación producida por Jesús a sus propias familias, amigos, vecinos y a quienes les acompañan en sus trabajos y ocupaciones cotidianos.

Despertaremos a este gigante durmiente cuando nos dedicamos a equipar a los santos para la obra del ministerio. Cada creyente ya tiene la unción espiritual para interceder y bendecir a otros por medio de sus actitudes, sus hechos, sus oraciones y palabras, según la guía del Espíritu. Así, sus ocupaciones se convierten en plataformas y pulpitos para compartir la gracia de Dios.

Nuestras ocupaciones también son el vehículo para llevarnos a otras sociedades, culturas y tierras. Pero esta “estrategia” misionera no sirve si no somos personas comprobadamente comprometidas con un estilo de vida misional en nuestros propios contextos. Tampoco sirve si no realizamos nuestro trabajo con esmero e integridad. El desarrollar este estilo de vida es el gran desafío para todos los que pretendemos vivir como misiones univocacionales. Es seguir el camino de Jesús.

Dios espera que cada persona en el mundo conozca su amor y poder a través de los genuinos discípulos de Cristo. La evangelización “hasta lo último de la tierra” es absolutamente posible en esta generación si se despierta el gigante durmiente en las congregaciones alrededor del mundo. ¿Qué haremos para ser parte de este despertar?



Dr. Jonatán Lewis es el rector del Centro de Capacitación Misionera Transcultural en Córdoba, Argentina (www.ccmt.com.ar). Es el autor de varios cursos misioneros publicados en manuales y ahora, por medio del Internet, para la utilización por iglesias que quieren sumarse al movimiento misionero univocacional (www.goglobalnet.org/cursos). Comparte el ministerio con Marion, cuyo matrimonio celebra 38 años. Su dirección de correo electrónico es: jlewis@goglobalnet.org.

© Jonatán P. Lewis. Prohibida la reproducción de este artículo sin el permiso del autor.